



# HARAVI

AÑO XIX

Lima, Enero de 1982

Nº 59

Director: Francisco Carrillo - Bolivia 174 - Chosica, Perú

## NUESTRO PRIMER NIDO

Aquí, en Huaquina, hicimos nuestro nido,  
que tú aceptaste tan llena de alborozo;  
nido bajo los árboles,  
nido junto al lago,  
al pie de inmenso cerro rocalloso,  
desde donde veíamos como dos fantasmas  
elevarse el Illimani y el Illampu,  
detrás, muy por detrás de los confines  
del esplendoroso Titikaka;  
y en donde juntos,  
tú, Raquel recién nacida,  
(Thérese estaba todavía ausente)<sup>?</sup>  
y la mama Inocencia,  
escuchábamos la hechizada orquesta del ambiente;  
el murmullo del lago, abajo,  
en los pedruscos de la playa,  
el gemir de las ramas de los árboles,  
el silbar de los vientos en los fillos  
del metálico techo,  
el quejido casi humano de las puertas,  
empujadas por personajes invisibles,  
el tamborileo causado por las bayas  
al caer de los altos eucaliptus  
sobre el parche de las calaminas,  
el suspiro intermitente de las hojas  
y el difuso pestañar de las estrellas.  
Esa voz del conjunto,

ERNESTO MORE



hecha de siete notas,  
que yo entendía cuando te miraba,  
que a ambos nos deleitaba al contemplarnos,  
esa voz viva, sigue hablando,  
reversiblemente es tu mensaje.  
Nos dimos a esa voz, y ella nos junta.

Lima, 1971

### MI LUNA DE MIEL CON LAS CENIZAS

Qué bien me siento así, en la tierra,  
hermanado en el polvo;  
mascando polvo, sin cerrar los dientes,  
mis huesos hechos polvo...  
Y sentir en mi cráneo las cosquillas  
de las raíces que se hunden en astillas  
y me hacen ver la luz del mundo  
por el periscopio de las ramas.  
Y gozar en la nada lo absoluto,  
y encontrarme a mí mismo sin ser Yo,  
y estar en todos sin que nadie lo sepa,  
y cubrirme con la colcha del rocío.  
Y volver a lo que fui: lo irrecordable;  
vivir sin haber nacido todavía,  
vivir antes del alba de la vida,  
vivir sin los temores a la muerte.  
Saberlo todo sin poder decirlo,  
correr agua, volar luz, lo oscuro y la centella,  
ser lodo, ser el aire y ser la estrella,  
y arrullarme al paso de los vientos.  
Consumirme de amor por una sombra,  
morir mientras no seamos uno solo;  
lo que tú fuiste en vida para mí,  
es para un polo lo que el otro polo.  
Va madurando ese licor: la Vida.  
¡Qué dulce madurar para la muerte!  
Nunca sentí ser, nunca, tan fuerte  
el llamado de la despedida.  
Me quedé solo, solo sin ser uno;  
uno fuimos los dos constantemente;  
pero vine a sentirlo tardemente  
cuando yo fui dos para llorarte.

Lima, 1971.



### PARA MIS SIETE DATILES

Saber crear armonía comulgando con el silencio,  
saber llenar la casa con las manos vacías,  
saber apaciguar el dolor con la sonrisa,  
saber repartir con equidad el amor entre los hijos;  
no quejarse nunca en la estrechez y en la necesidad,  
ni erguirse en la bonanza despreciando el pan de ayer.  
Irse tan despacito como para volver muy luego,  
cargar en cuenta propia el dolor ajeno  
e irse sin decir adiós para no despertar las lágrimas...  
En todo eso pienso hace cinco años,  
y lo que debió ser soledad y vacío en mí,  
se ha colmado misteriosamente,  
porque por todos los resquicios del mundo entra tu voz.  
Cuando hay luz, veo pasar tu sombra,  
y cuando se hace noche, te veo luminosa.  
Y así continuó esta marcha,  
teniendo como alimento el dulce fruto de la añoranza  
y los siete Dátiles que al irte me pusiste en la mano.  
Y desde que te fuiste,  
entiendo el sentido del canto de los pájaros,  
de ésos mismos que matinalmente decían buenos días en el jardín.  
Tu ausencia me revela  
los motivos del tejido del reverso  
y me enseñan a interpretar como mensaje tuyo  
la misteriosa telegrafía que circula por mis venas.

Lima, tres de febrero de 1975.

### ALEJANDRO PERALTA

Has arrastrado el limo de todas tus andanzas,  
con barro del camino preparaste tu tinta,  
se alza de tus escritos polvo de lontananzas,  
y escribes sobre el cerro y el hombre, de manera distinta.  
Tu silencio florece a medida que avanzas;  
y cuando a tu Musa se la creía extinta,  
pasas tú, mudo, el túnel... y la alcanzas,  
y ella te da una flor —TIERRA AIRE— variopinta,  
que, pese al trayecto oscuro, largo como tu vida,  
conservóse lozana, flor de la poesía...  
Atravesaste el páramo con esa compañía.  
Todos te vimos solo, tu mano estaba asida,  
sin que nadie lo viera, a la que da el aliento,  
el del Hombre, el del lago y el del viento.

1973



## SERPIENTE

Una serpiente ha entrado en mi jardín  
en un día caluroso. Como yo, ligero de ropa,  
para calmar la sed.

Bajo la sombra profunda y perfumada del algarrobo  
he descendido los escalones con un cazo en la mano,  
y detenido, inmóvil, aguardo: ella está ante mí.

Se deslizó desde un oscuro intersticio de la tapia  
y estiró la delgadez parduzca de su vientre delicado  
apoyando su cuello en el borde de la piedra  
por donde el agua huía luminosa de la fuente.  
Parecía mamar con su boca angosta  
por entre sus encías erizadas, aspirando el agua  
con su largo cuello blando,  
silencioso.  
Allí está, ante mí, en la fuente,  
y yo apenas arribado espero.

Levanta la cabeza dejando de beber como un rumiante  
y me mira vagamente como miran los rumiantes cuando beben.  
Su hendida lengua centellea entre sus labios, baja la cabeza  
luego de soñar, y bebe nuevamente;  
parduzca y oro, como los filones encendidos de la tierra  
siciliana, en julio, bajo el Etna humoso.  
Las incultas voces de la prudencia me aconsejan que la mate;  
en esta isla, las serpientes negras son inofensivas,  
las doradas, venenosas.

Y las voces me repiten, si eres hombre coge un bastón y máatala. ¡Ya!  
¿Confesaré qué regocijo,  
qué halago sentí al mirarla  
beber familiarmente en mi jardín  
para luego, apaciguada, reconfortada, ingrata  
hundirse en lo ardiente de la tierra?

Y sin embargo estos rumores:  
¡La matarías si no tuvieras miedo!  
Es verdad, me estremecía el miedo  
y también el orgullo:  
había aceptado mi hospitalidad  
antes de emerger de las tinieblas.



Bebió bastante.

Levantó la cabeza, ausente, como saciada,  
y súbitamente, su lengua brilló, pedazo afilado de la noche.  
Parecía relamerse.

Miró a su alrededor, sin ver, como una diosa.

Y lentamente, muy lentamente, con sonámbulo abandono  
se dispuso a encoger su perezosa longitud, arqueándose  
para asirse mejor al enlucido de la piedra.

Y mientras introducía su cabeza en la hendidura,  
mientras alzándose perfilaba sus hombros para escabullirse,  
una especie de rebeldía contra el escamoteo de esa infecta boca negra,  
refugio en las tinieblas, contra esa lenta retirada admitida,  
me sobrecogió, desde que me volviera las espaldas.

Reflexioné, dejé mi cazo,  
un tronco informe recogí,  
y contra el bebedero lo estrellé ruidosamente.

Creo que no la toqué  
pero la parte aun visible de su cuerpo de pronto se crispó e innoble y rápida,  
y convulsiva como el relámpago, se la tragó  
la oquedad negra de la pared, la boca terrosa de la que yo  
no apartaba mis ojos  
en ese mediodía abrasador.

Y al instante me pesó,  
me sentí vulgar, mezquino.

¡Gesto miserable!

Execré la irrisoria voz de la prudencia.

Y soñé con el albatros  
y deseé que volviera mi serpiente.

Porque me pareció nuevamente soberana,  
reina en el exilio, destronada bajo tierra  
pero al punto nuevamente coronada.  
Así perdí mis privilegios ante una de las diosas de la vida.  
Y eso debe ser expiado. Expiado.  
Esa miseria.

David Herbert Lawrence (1884 - 1930) nació en Nottinghamshire, Inglaterra. Los diez últimos años de su vida trató de huir de la civilización, refugiándose en Sicilia, Cerdeña, Ceylán, Australia, Méjico. Fue acusado de pornógrafo por los temas de sus obras. Es uno de los más célebres novelistas de este siglo. ("Hijos y Amantes", "La Serpiente Emplumada", "El Amante de Lady Chatterley"). Pero también fue poeta, un gran poeta, cuyo prestigio crece día a día. Su mejor libro de poesía se titula: "Pájaros, Bestias y Flores", publicado en 1923. (Traducción y nota de Hernando Cortés).



## ALMA DEL ALTIPLANO

Me bautizó la lluvia y confirmó el granizo en medio del suspiro de la pampa.  
Aprendí a deletrear con los pies, cuando, desnudos y rojos de frío  
se posaban sobre los signos estrelliformes de los copos de nieve.  
Hipnotizado seguí el vuelo de las águilas,  
que trazando círculos se perdían majestuosamente en el azul,  
dejando en mí un ansia de infinito  
a la par que la noción de mi pequeñez.

Los relámpagos en la noche,  
me mostraron la radiografía de la inmensidad  
y fueron mis primeras luces de Bengala.

Mis primeras lecturas las hacía encaramado en la horquilla de un "Kolli"  
mecido por los vientos,  
oyendo a mi lado el piar de los pajarillos en su nido,  
mientras abajo me buscaba afanosamente mi madre.

Nunca olvidaré que, cuando bajaban los ayarachis  
de las altas cornisas de las cordilleras Paratía y Killisani,  
envueltos en sus hopalandas blancas,  
golpeando el bombo y soplando zampoñas,  
sentí resonar por primera vez en mi agitado corazón de niño  
el lejano mensaje de la patria a que pertenecía,  
mientras las lágrimas tejían en la sutil urdimbre de mis pestañas  
una extraña bandera de emoción peruana.

Ví extender en la pampa la alfombra del chuño,  
y me deleitaba cuando los indios lo pisaban, amontonándolo,  
porque el acre olor que despedía en las mañanas frías  
era un mensaje directo al sexo.

Vi salar, pisar y aprensar la chalona, que me la chupaba cruda,  
mientras trepaba al monte cuajado de rocío,  
en busca de perspectivas, por el camino de los zorros.  
Viendo a los indios, aprendí a extraer de ciertas plantas silvestres  
ese látex que llaman "kausillu" y el kausillu áspero  
me libró para siempre de mascar el chiclet yanqui.  
Fue el charango el primero en descubrirme  
cómo se debe ablandar el corazón de la mujer,  
dispuesto a inclinarse más hacia el misterio que hacia la razón.  
Las llaves del cielo las tendrá San Pedro,  
pero el charango es la ganzúa de la dicha.



Tuve un ama aymara, Inocencia.  
Muerta hace años siento siempre su lenguaje materno  
cuando escucho latir mi corazón.  
Siéntome latir en el corazón de la muerte.

Enseñé a leer a los niños indígenas,  
pero en su mirada aprendí cuál era el camino de la justicia.  
Si algo he creado,  
ha sido gracias a la presencia de ese numen que se eleva,  
vaharoso del Altiplano,  
y que me encuentra dondequiera que esté.  
Nunca mi tristeza ha llegado a la desesperanza,  
porque la imagen de la pampa ha venido puntualmente  
a auxiliarme y reconfortarme.  
¡Tierra!... ¡Tierra del Altiplano!  
Ojo inmenso del lago,  
ola cristalina de la cordillera,  
tú, Inkasiri; tú, Pilliku; tú Choqeqava; tú Aricoma; tú Kunurana;  
y tú, hermoso Allinkapak, velero fantasmal de la nieve;  
APUS todos de la gran meseta,  
recibid este transido mensaje del niño, niño a los 80 años  
por el mágico soplo de la tierra.

Lima, marzo de 1977

(en Raíces Andinas, 1981)

## LOS APUS

La tierra peruana está poblada de Apus.  
Nacieron antes que los hombres, los animales y las plantas.  
Fueron el aliento de la atmósfera andina,  
venido del vaho de lejanos mares,  
y de la transpiración de las selvas distantes;  
aliento trasmutado en nieve al condensarse en las alturas,  
formando esa ininterrumpida cadena impresionante  
que va desde el Cotopaxi hasta el Aconcagua.  
Si están tristes, los cerros se cubren de túnicas blancas;  
si coléricos, golpean sus tambores con varillas de fuego.  
Sus canas venerables se convierten en millares de acueductos  
por los que discurren las lágrimas cristalinas,  
entre musgos, helechos, así como por las concavidades de la tierra,  
arrastrando en su linfa el secreto vital de las profundidades.  
Ellos abren los puquitos de que brota la leche de los montes



y trenzan los meandros infinitos  
que bajan a la pampa, convertidos en ríos.  
Conocen el origen de la vida,  
y para ellos, la muerte es sólo una pascana...

Son los APUS los espíritus que propician la abundancia,  
los que aseguran la templanza en el corazón de los hombres;  
los que dieron a la taclla el poder del arado,  
los que enseñaron a los hombres a convertir en graderías a los montes,  
para sembrar en cada peldaño, la papa, el maíz, el tarwi;  
la quinua enhiesta, la coñigua achaparrada,  
asegurando en los andenes el riego por inmersión; nitrogenado,  
haciendo respirar a las aguas entre la dentadura de las piedras.  
Ellos enseñaron a los hombres a modelar la piedra  
y a alzar grandiosos muros con alfabetos pétreos  
que no transmiten letras o palabras, sino eternos mensajes mayestáticos  
legibles sólo por comunidades que se dan las manos,  
por los hombres que aprendieron a encontrar la verdad  
en el trabajo colectivo, en la producción colectiva,  
en la distribución colectiva que hace multiplicar los frutos de la tierra,  
porque la equidad en el reparto satisface más que la prelación en el exceso.  
A la vista del APU germinó la sabiduría de los amautas,  
conocimiento vivo, palpitante,  
que se engendra y no se enseña,  
que germina y no se guarda,  
que ni se pudre ni envanece.  
Así crearon las bases de una cultura superior,  
que da pan y no balas  
que abre surcos, pero no trincheras,  
presintiendo, hace siglos, el mundo socialista.

Lima, Marzo de 1980

En Raíces Andinas 1981

Ernesto More (1897 - 1980)